

HUMBERTO GARCÍA DE LA MORA

## Cónclave

**E**ste martes inicia el cónclave que elegirá al sucesor de Benedicto XVI. El Colegio Cardenalicio –conformado en esta ocasión por 115 cardenales– emitirá su voto y proclamará con pompa y boato la elección del nuevo Sumo Pontífice de la Iglesia católica; el escrutinio tendrá lugar en la Capilla Sixtina (a puertas cerradas), encapsulada entre el sigilo, el misterio y la intriga púrpura. Ante tal suceso, comparto con ustedes, estimados lectores, una breve reseña histórica de la elección papal –contrastante con la elección apostólica– a lo largo de los siglos.

En primer lugar, se debe destacar que el orden jerárquico que Jesucristo estableció en su Iglesia fue el apostolado, no el papado o “episcopado monárquico” (Cf. Efesios 2:20); uno es el ministerio apostólico y otro –distinto en orígenes, propósitos y moral– el “ministerio de obispo de Roma”. El papado, como se conoce hoy, tardó siglos en desarrollarse: no puede documentarse históricamente la existencia de un “ministerio papal”, propiamente dicho, ni de un “Obispo universal” ni de un “Sacerdocio ministerial” en los primeros dos siglos. El título de Papa (que en su etimología griega significa padre), no era un ministerio en sí –como sí lo fue el apostolado cristiano– sino sólo eso: un título sin prominencia jerárquica. De hecho, aún en el tercer siglo el obispado de Roma no era más importante que las ciudades orientales como Constantinopla, Alejandría o Antioquía. En contraste con lo anterior, fue a partir del segundo milenio cuando el título de Papa fue un privilegio exclusivo: el papa Gregorio VII, en su *Dictatus Papae* (1073 dC), comenzó a prohibir a los católicos llamar Papa a nadie que no fuese el Obispo de Roma. Sobre decir que ninguno de los dogmas o títulos papales que ahora conocemos fueron definidos en el primer milenio.

La elección de los papas –u obispos de Roma– ha sido disímbola, en forma y fondo, a lo largo de los siglos. Ni en la Biblia ni en la tradición católica se encuentra nada respecto a quiénes y cómo se ha de realizar esta elección. En el siglo tercero –cabe subrayarlo– era el clero y el pueblo quienes elegían al obispo de Roma; posteriormente, los emperadores tomaron parte en dicha elección: “La primera intervención imperial directa conocida es la efectuada en la elección de Bonifacio I (418-422). A partir de ese momento, se establece la costumbre de que el elegido obispo de Roma no tome posesión hasta ser confirmado por el emperador” (Luis Antequera, “El cristianismo desvelado”, página 356).

Y si escandalosa resultó para la Iglesia católica la intromisión del poder imperial, no menos resultará la de las familias romanas que se adueñarán a la postre de la institución papal: los Spoletos, los Músculos, los Borja... Ocuparon el solio pontificio hombres homicidas, incestuosos, adúlteros, degenerados, sodomitas, tiranos, ambiciosos, déspotas, inquisidores, torturadores, hechiceros, libertinos, belicistas, dispuestos a vender y a comprar cargos eclesiásticos. En algunos casos, el papado fue puesto a la venta al mejor postor (Véase Mauricio de la Chatré, “Historia de los Reyes y los Papas”, 5 tomos, 1932).

En relación con el cónclave (*cum clavis*: con llave o bajo llave), éste proviene de la Edad Media (año 1271 dC), cuando fue necesario encerrar a los cardenales e incluso ponerlos a pan y agua para que no se demoraran en elegir al nuevo Papa, como había acontecido en elecciones anteriores: “...a la muerte de Gregorio VII, la sede vacante duró cerca de dos años y de Víctor III duró cerca de seis meses (...), sin embargo, a la muerte de Urbano IV, y sobre todo a la de Clemente IV, dos años y diez meses, volvieron a reaparecer las largas vacantes, y para obligar a los cardenales a que hicieran pronto la elección, se inventó el procedimiento de cónclaves (...), éste tardó algo en instituirse, ocurriendo vacantes como las que le siguieron a la muerte de Nicolás IV, dos años tres meses y Clemente V, dos años, tres meses y diecisiete días...” (Esteban Ortega, “Lo que quiere saber sobre el Papa”, p. 213).

En efecto, a la muerte de un Papa, o meses antes cuando ya se preveía su final, comenzaban las intrigas por colocar en la "silla pontificia" a alguien que secundase las causas de casa uno. La elección del Sumo Pontífice se convertía de ordinario en un campo de batalla donde salían a relucir las ambiciones de los que contendían por el puesto, y las de los reyes y príncipes. Y lo mismo sucedía en las elecciones de cientos de obispos, abades y capellanes para posiciones que tenían muy dotaciones económicas. Estos derechos que se arrogaban los soberanos para imponer a su candidato, recibieron el nombre de investiduras; y durante varios siglos fueron una constante de escándalos por quienes conseguían los altos puestos. El vaticanista Giancarlo Zizola, refiere que "los cónclaves han conocido una historia tormentosa. Algunos duraron unas horas solamente, otros algunos años. Algunos fueron irrigados por la fuerza del Espíritu, otros por el poder del dinero". (Cf. Roberto Blancarte, "El sucesor de Juan Pablo II", Grijalbo, 2002; p. 36).

El doctor Roberto Blancarte, al escribir sobre los orígenes del cónclave, refiere que este "es un acontecimiento donde se supone que el Espíritu Santo despliega su potencia. Sin embargo, por lo visto su acción no es uniforme y deja bastante espacio para el proceder humano. (Ídem, página 35). En alguna ocasión –recuerda el autor– el entonces cardenal Joseph Ratzinger señaló que "sería un error creer que el Espíritu Santo escoge al Papa, porque hay muchos ejemplos de papas que el Espíritu Santo no habría escogido" (Ídem). El próximo Papa, en esta lógica, será elegido por los hombres, falibles al fin. Las disputas, intrigas, filtraciones, traiciones, encubrimientos, complicidades, posturas teológicas divergentes, bandos eclesiales, intereses, etcétera, confirman la tesis precedente. Ni más ni menos...